

LA REVOLUCION PERONISTA

RODOLFO GALIMBERTI

LA REVOLUCION PERONISTA

RODOLFO GALIMBERTI

**FONDO EDITORIAL
DE LA REVOLUCION PERONISTA**

Convocamos a todos los compañeros peronistas a movilizarse en defensa de un programa partidario que no frustre al heroísmo desplegado en la Resistencia, la auténtica, la de masas; aquella que se demostró eficaz porque frenó a la dictadura y porque, finalmente, ésta no pudo aplastarla. Un programa partidario que sea la base desde la cual se construya una política de poder capaz de volver a hacer de nuestro Movimiento el Peronismo de la Victoria.

Lo hacemos convencidos de que únicamente la movilización del conjunto en torno a una política programática claramente explicitada permitirá que el pueblo peronista se sienta dueño de sus propias organizaciones en la marcha hacia un gobierno peronista que le permitirá ser dueño de su propia producción.

Esta propuesta está tan alejada de la de los teóricos de las brumas, que sobreviven merced a la claudicación y la componenda, como de la de sus falsos críticos, que no se proponen otra cosa que reemplazarlos agitando un discurso pretendidamente anti-burocrático; estos últimos son los restos descompuestos de una ilusión traicionada y son en realidad ellos mismos una burocracia armada, secreta, cuya racionalidad, objetivos e intereses se definen fuera de la Argentina.

Hoy, cuando el país horrorizado y asqueado asiste entre crímenes y escándalos al ocaso definitivo de la dictadura, conviene recordar algunas verdades.

El golpe del 24 de marzo de 1976 no fue contra una parcialidad o un sector, sino contra el peronismo todo. El embate contra el conjunto de nuestro Movimiento se debió a que la oligarquía y la elite saben que únicamente el Peronismo, como Movimiento nacional de masas anti-oligárquico y anti-imperialista, fue y es capaz de llevar al poder un proyecto de liberación en la Argentina. Tres veces nuestro Movimiento ganó el poder con elecciones libres y dos veces fue desplazado de él por golpes de Estado. El Peronismo conoció todas las formas de la persecución; desde la calumnia ignominiosa hasta la proscripción, el destierro, la cárcel, la tortura, la desaparición y el asesinato, que golpearon desde sus militantes más humildes hasta sus jefes. Estas afirmaciones indiscutibles no las puede hacer ninguna otra fuerza política. Aunque una propaganda malévola intente abrumarnos, la memoria colectiva

está intacta.

La misma canalla a sueldo de la oligarquía que durante siete años intentó intoxicarnos desde la prensa adicta al régimen, hoy se improvisa en demócrata, consulta constitucionalistas, y es así como aparecen ex-embajadores de Videla, como Américo Ghioldi o Martínez Raymonda, hablando de las virtudes y los riesgos —sobre todo los riesgos— de la democracia. Y como no podía faltar, Alvaro Alsogaray funda —otra vez— un partido, temible sólo para sus amigos que deberán financiarlo.

En esta algarabía pre-democrática generalizada, donde no faltan algunos prelados —que no abrieron la boca durante la masacre y hoy se desgarran por la crisis moral— las clases dominantes no se engañan; saben que lo único cierto, lo único que cuenta, es la interna peronista; en mucho menor medida la interna radical y, obviamente, la crisis en el seno de las Fuerzas Armadas.

Ante la oferta del abigarrado espectro político, más allá de las coincidencias para la recuperación del régimen democrático, a la hora de votar el pueblo argentino no olvidará el silencio que guardaron durante los años más negros de la dictadura muchos de los que ahora intentan aparecer como opositores cerriles. El pueblo no ignora que la masacre y el despojo hubieran podido ser detenidos si algunos de estos demócratas apolillados hubieran dicho algo de lo que ahora —que es gratis— proclaman a viva voz. El pueblo peronista sabe que detrás de sus sonrisas amarillas se oculta la voluntad de dividirlo, proscribirlo

lo, mercar con sus votos.

Que nadie se equivoque: ninguna de las maniobras anteriores que el Movimiento padeció entre 1955 y 1972, podrá repetirse. Y a los que con voces aflautadas manifiestan su preocupación por la posibilidad de una nueva victoria como la de 1973, les decimos: no se hagan ilusiones, lo que no se repetirá es lo de 1963, cuando violando lo pactado en la Asamblea de la Civilidad, fueron cómplices de nuestra proscripción para alzarse con el gobierno con el 23 por ciento de los votos.

LA SITUACION DEL MOVIMIENTO

Ante el reparto de roles con el que algunos pretenden encorsetar al Movimiento, la respuesta seguirá siendo el desinterés, la desmovilización, la pasividad, el repliegue desencantado; esa es la difícil realidad que todos los cuadros medios palpan en su acción cotidiana. Para revertir esta apatía, las propuestas justicialistas deben contemplar las necesidades concretas de las bases. Esto lo deben comprender tanto los aspirantes a concejales como algunos de los que ufana-mente ya se prueban la banda presidencial. Si no, se está aceptando lo que la prensa del sistema pretende, que es vaciar la discusión de contenidos concretos, convirtiéndola en un ballet de gente fina; así, ningún peronista puede decir con claridad cuáles son las razones por las que

habría de optar por uno u otro pre-candidato; porque finalmente, si todo se reduce a un problema de buenos modales o de "imagen", seguramente nos convendría algún señor del Jockey Club.

Pero, ¿qué proponen nuestros presidenciables para emerger del desastre que se agrava a diario? Aún hoy, a cinco meses de las elecciones, las masas peronistas no lo saben.

El grave riesgo es que, aceptando reducir la discusión interna a palabrerío hueco y mediocridad solemne, se favorece la reaparición de los viejos demonios de la descomposición; algunos, ya asoman amparados en el aparato armado de la dictadura, y otros, pseudo-revolucionarios, operan con su poder económico sobre una articulación internacional y utilizan su repulsiva táctica del caballo de Troya.

Frente a ellos, nosotros afirmamos de manera categórica y terminante que si las estructuras orgánicas del Partido Justicialista, fortalecidas por la acción convocante y movilizadora de una alianza de acero entre el Movimiento Obrero y la Juventud Peronista, actúan con un claro proyecto de transformación revolucionaria, nada ni nadie podrá impedir al pueblo peronista organizado ganar las elecciones y realizar la tarea reparadora y transformadora que exige la hora para poder llevar la paz, la felicidad y el bienestar a los hogares argentinos.

Por esto es que a los promotores de frentes tempranos, queremos recordarles que los adversarios históricos del Peronismo sólo buscan ne-

gociar con algunos sectores del Movimiento cuando su situación de debilidad, en el marco de la crisis general, amenaza su propia existencia; cuando logran fortalecerse, atacan parejamente al conjunto del Movimiento. En consecuencia, intentar resolver la debilidad interna buscando aliados afuera, en vez de encontrar coincidencias adentro, es trabajar para la ruptura, o sea, para la derrota del Peronismo. En nuestro Movimiento, la fuerza está en la unidad. En consecuencia, todo debe discutirse adentro, empezando por el programa y siguiendo por las candidaturas; en ese marco, nadie que represente realmente algo, podrá irse sin ser sancionado por las masas peronistas con el aislamiento.

Que ningún aventurero sectario aliado —público o secreto— del Partido Comunista se engañe: las mayorías nacionales no renunciarán al Movimiento. La experiencia de 1973 a hoy no ha sido en vano, y esta vez las masas, movilizadas en torno a una política correcta de transformación, impedirán que desde facciones minoritarias se convierta al movimiento popular y democrático en un campo de batalla, que le imposibilite cumplir con su razón y misión histórica. Por eso sostenemos que orden y transformación estructural son dos términos de una misma política. Orden popular y democrático para que las bases puedan expresarse. Transformación estructural para que se hagan realidad sus aspiraciones de justicia. El caos o el inmovilismo sólo pueden servir a los intereses de la reacción, cualquiera sea su color: “verde-dólar”, como la de Martínez

de Hoz y sus Chicago Boys, “negra” del terror y la corrupción, como la P 2 y sus agentes locales, o “roja” del grupo de burócratas multimillonarios armados que pretenden bastardear las legítimas expectativas revolucionarias del pueblo argentino, convirtiendo a nuestro Movimiento en un peón en el ajedrez de las grandes potencias. Todos ellos coinciden en empujar a nuestro país a un proceso de “libanización”, del que los únicos que saldrían triunfantes serían las minorías oligárquicas y los poderes extranjeros, que se repartirían los despojos de una Argentina destruida.

EL PERONISMO NO ES UN BIEN MOSTRENCO, INSTRUMENTO DOCIL DE CUALQUIER PROYECTO

Nuestro Movimiento tiene la responsabilidad de ser depositario de la representación de los intereses históricos de los trabajadores, de las grandes masas asalariadas y de los desposeídos por la rapiña oligárquica. Esta verdad indiscutible le impone, para dar satisfacción a las legítimas expectativas de sus representados, asumir sin retaceos la tarea de transformación profunda que la sociedad argentina reclama.

Si los peronistas fuimos —y hoy, cuando todos posan de opositores, conviene no olvidarlo— los más agredidos por esta dictadura, somos en

consecuencia los peronistas los representantes naturales de las demandas y expectativas acumuladas durante los últimos siete años por el conjunto del pueblo argentino. El cómo dar satisfacción a estas demandas y expectativas debe ser la plataforma desde la cual hay que formular el programa de gobierno del Movimiento Peronista; ésta es la única posibilidad de dar respuesta a la crisis.

No formular desde esa realidad la propuesta programática del Partido Justicialista sería contribuir a un nuevo, y quizás definitivo, fracaso. Nuestro pueblo tiene bien claro que un gobierno que se reclame peronista debe hacer realidad una sociedad de justicia y bienestar para todos en tiempo presente y también sabe que esto no es posible sin remover los privilegios de la nueva élite y la oligarquía tradicional.

Es entonces para el Justicialismo un compromiso irrenunciable señalar hoy de manera inequívoca cuáles son los pasos transformadores a dar en la construcción de un país distinto y mejor, denunciando desde ya qué privilegios minoritarios se deben afectar para alcanzar en el presente la sociedad justa, libre y soberana de nuestro discurso histórico. Más allá de la retórica, no "hay destino de grandeza" verdadero que no suponga la participación de todos los argentinos en esa grandeza, en especial de los humildes y los desposeídos.

Por eso afirmamos que el Peronismo no puede ser vehículo de cualquier política, como parecen creer aquéllos que en su propuesta, reclaman an-

tes que nada "disciplina social" a los explotados, a riesgo de convertir al Movimiento en un instrumento de sometimiento de sus propias bases; porque ése sería el resultado final de proyectos que, justificándose en un falso realismo, niegan toda posibilidad de llevar adelante las transformaciones de fondo que la estructura económica del país reclama para reconstruir el mercado interno, la producción y las relaciones sociales.

PERONISMO Y PROGRAMA ANTIOLGARQUICO

"... la dependencia argentina no es un fenómeno derivado exclusivamente de la natural prepotencia de los imperialismos, sino que ha sido impulsado desde adentro por los sectores cuyos intereses coinciden con los de aquellos. Son las oligarquías, partícipes del proyecto cultural e ideológico del imperio, que han expresado con particular violencia su vocación cipaya y elitista en estos últimos años. Es por ello, que la lucha del pueblo peronista es esencialmente antioligárquica, y perder esta característica, sería perder una de las esencias de nuestra acción política. (...) Proponemos una política para todos los sectores nacionales, que a la vez que les permita integrarse en el proyecto solidario, excluya a las minorías oligárquicas y antinacionales. Ello sólo es posible desde un programa integral que, privilegiando la lucha por las ideas que nutren

nuestra doctrina, tenga por objetivo central la consolidación del Poder Nacional. (...) Así, los planteos están claramente hechos. Los sectores mayoritarios buscando el acceso al bienestar y la participación que les corresponde por su misma naturaleza de hombres y ciudadanos. Los sectores oligárquicos autoexcluyéndose del proyecto de grandeza e intentando detener lo que es un avance irrefrenable de la historia. En esta lucha, el Justicialismo, con su doctrina de profundas raíces éticas, solidarias y su propuesta de participación orgánica, es un acto fundamental de las esperanzas de las mayorías. El desafío que se nos presenta, en tanto justicialistas, es buscar las formas de ejecución que permitan, partiendo de nuestros valores doctrinarios, consolidar una Argentina Justa, Libre y Soberana."

Estos conceptos han sido tomados del documento "Pautas para la Propuesta Justicialista", publicado en Buenos Aires en diciembre de 1982. En este marco teórico, con el que estamos de acuerdo, resulta incomprensible que más adelante, en el mismo documento, al proponer las medidas concretas, en el capítulo "Orientaciones generales adoptadas por las subcomisiones", en el punto "Sector financiero y cambiario", nos encontremos con lo siguiente:

"1.1. Reivindicamos para el sistema financiero su naturaleza de servicio público, lo cual exige que tenga un carácter promotor y orientador de la actividad económica y abandone el rol especu-

lativo que hoy lo caracteriza. Por ello:

1.2. Deberán establecerse los mecanismos para el manejo del crédito en función de los objetivos del desarrollo económico, de las necesidades reales de los diferentes sectores y del papel que corresponda a los diversos actores sociales. Ello implicará necesariamente una enérgica reestructuración del sistema financiero para asegurar su adecuación a estos objetivos, la solvencia moral y patrimonial de las entidades y la eficiencia en el cumplimiento de los objetivos globales.⁽¹⁾

1.3. El sistema cambiario se desarrollará sobre el concepto de considerar a la divisa como un bien público, lo cual permitirá eliminar las acciones especulativas y asegurar la promoción perdurable y coherente de las exportaciones industriales y primarias no tradicionales.

1.4. El cumplimiento de estos objetivos exigirá el establecimiento de nuevas estructuras institucionales que recojan la amplia experiencia nacional e internacional en la lucha por poner los sistemas monetario y cambiario al servicio del desarrollo nacional."

¿Es así como el futuro gobierno justicialista va a enfrentar la especulación y el sabotaje del capital financiero? ¿Arbitrando entre las financieras y los bancos privados? ¿Sin concentrar en el Estado, que es la única posibilidad para garantizar el control público?

A continuación, en el mismo documento, en

(¹) El subrayado es nuestro.

el punto "Sector Agropecuario", dice:

"2.1. El sector agropecuario forma parte del sector primario, que incluye los recursos naturales en su conjunto (forestales, ictícolas, hídricos, etc.). Por lo tanto, debemos considerarlo como un todo.

2.2. Proyectamos un modelo agroindustrial donde el desarrollo de un sector no se logre a expensas del otro. La política agropecuaria, en ese marco, deberá impulsar una efectiva y total ocupación del territorio apto para cada una de las producciones primarias así como el manejo racional de sus recursos naturales.

2.3. La tierra no es básicamente un bien de renta, sino un bien de trabajo. Su explotación en función social es la que debe definir un adecuado régimen de tenencia. La colonización deberá ser objetivo primordial, por cuanto además de su importancia económica significa una concreta afirmación de soberanía nacional en todo el territorio.

2.4. La política agraria deberá promover la explotación de la tierra de acuerdo con su capacidad real y potencial y con observancia de su conservación como recurso agotable.

2.5. Se promoverá la incorporación paulatina de tecnologías preferentemente nacionales que mantengan o incrementen la capacidad productiva natural.

2.6. La participación del Estado en el proceso de comercialización interno y externo abarcará un amplio abanico de acciones que implican la

rejerarquización de las Juntas Reguladoras y desde la fijación de precios en origen, hasta el incremento de la capacidad de almacenaje, pasando por el fomento de la investigación científica y tecnológica, tendiente a revertir hacia el productor —fundamentalmente pequeño y mediano— el fruto de su trabajo."

¿Es de esta manera que el gobierno justicialista va a desmontar el poder oligárquico? ¿De esta forma el Estado Nacional va a disponer de las divisas que provienen de las exportaciones de cereales y que necesita desesperadamente para remontar la crisis?

Aparte de enterarnos que "el sector agropecuario forma parte del sector primario", tomamos conocimiento de que la llave maestra para recuperar esa riqueza para el país todo —riqueza que la oligarquía gasta tirando manteca al techo—, va a ser la "rejerarquización de las Juntas Reguladoras", o sea, menos que el IAPI, que ya se demostraba insuficiente en 1955.

¿Dónde quedan los nobles propósitos de enfrentarse con la oligarquía, enunciados al comienzo? Porque si la oligarquía no está en la City ni en los grandes propietarios de la pampa húmeda, se podría preguntar, parafraseando el juego infantil del "Gran Bonete": "pues entonces, ¿dónde está?". En fin, con todo respeto por la labor de los compañeros, lo menos que se puede decir de esta parte del documento es que no es serio; y tratándose del documento oficial de la Comisión Económica del Partido Justicialista,

que nos aclara en su prólogo:

"En cumplimiento de la resolución del Consejo Nacional del Partido Justicialista, la Comisión Ejecutiva de la Comisión de Economía del Partido, se abocó a la organización del trabajo de los numerosos economistas que militan en el Justicialismo.

A lo largo del corriente año se convocó a diversas reuniones que culminaron con la organización de catorce subcomisiones sectoriales y de planificación global, en las cuales actuaron en forma permanente aproximadamente 200 economistas de todo el país y que militan en las diversas líneas internas del Movimiento. Cabe destacar que como consecuencia de la organización de comisiones en las distintas jurisdicciones políticas del país, a la fecha, el número de economistas incorporados a las tareas es del orden de 400.

Con motivo de la clausura de las actividades de la Comisión de Economía para el año 1982, se ha resuelto publicar este documento de trabajo, en el cual se han recogido las propuestas de la Subcomisión Nº 1 "Bases doctrinarias" y de la Subcomisión Nº 2 "Modelo y Plan", las cuales han sido analizadas, debatidas y complementadas por los compañeros de las doce subcomisiones restantes, las cuales han formulado asimismo las pautas para los estudios que se complementarán durante 1983.

Tanto los despachos como las orientaciones generales adoptadas por las distintas subcomisiones, constituyen un documento de trabajo en el

cual han colaborado todos los integrantes de dichas subcomisiones y que aspiramos de origen a una propuesta económica del Justicialismo. A tal efecto las subcomisiones continuarán con un proceso de elaboración hasta llegar al texto definitivo que esperamos sirva de base al Congreso Nacional del Partido Justicialista para su propuesta al país."

Nos parece grave que después de toda esta liturgia se nos escape la oligarquía.

Es por eso que, frente a esta situación, nuestra actitud es poner en el primer lugar de la discusión interna el problema del programa revolucionario del peronismo. Difundir esta cuestión es la tarea del momento para los cuadros medios, porque esto permitirá a la militancia hacer frente a los balbuceos claudicantes y transformar la duda en rechazo, la intuición en certeza, el anhelo en fuerza concreta. Pero para esto hay que eludir el petardismo fácil que induciría a confusión y que serviría al intento de la dictadura de aislar esta discusión. Es en esta perspectiva polémica pero fraterna, que formulamos las reflexiones anteriores. Por eso hay que abrir el diálogo con todos los compañeros.

Reiteramos nuestra voluntad de respetar escrupulosamente las opiniones que no coinciden con las que aquí exponemos, pero reivindicamos el derecho a discutir democráticamente en la búsqueda de lo que es mejor para nuestro Movimiento y advertimos, serena pero firmemente, que no aceptaremos ningún argumento, proveniente

ga de quien provenga, que intente marginarnos por plantear esta discusión; porque después de la experiencia 1973-1976, más allá de los lugares comunes sobre cómo se desmoronó el triunfo alcanzado, o las caras compungidas y los encomiables propósitos de enmienda, está claro que será únicamente un programa antioligárquico lo que permitirá acumular hoy y resolver mañana desde el poder. Poder al que —insistimos— no se llegará si no se intenta desde ya avanzar sobre esta cuestión.

DEMOCRACIA, FUERZAS ARMADAS Y ESTRATEGIA OLIGARQUICA

Hoy, cuando resulta evidente que el derrumbe es definitivo y que aún un golpe adicto —en la hipotética situación de que tuvieran fuerzas para ello— no les garantizaría la defensa eficaz de sus intereses sino por un tiempo muy limitado, la estrategia de la oligarquía consiste en esfumarse en el horizonte y maniobrar para que toda la culpa de estos siete años recaiga exclusivamente en las Fuerzas Armadas. Más aún, sus voceros oficiosos estimulan sutilmente la legítima indignación popular e intentan orientarla hacia las Fuerzas Armadas, al tiempo que buscan diluir la responsabilidad de los beneficiarios de la política de la dictadura en una suerte de “mea culpa” general, por la cual las víctimas de la ex-

poliación y de la represión deben compartir con los expoliadores y los represores la responsabilidad de la postración económica y la debacle política del país.

Esta estrategia pretende ignorar que las grandes mayorías van adquiriendo la certeza de que es inútil intentar resolver la situación económica actual por la vía de una concertación que no afecte los intereses de la gran burguesía agraria de la pampa húmeda y los del capital financiero. Aún para el menos avisado, estos sectores son perfectamente identificables.

La opción entre liberación o dependencia resulta hoy más actual que nunca, pues nadie ignora tampoco que la penetración de los intereses imperialistas también ha sido posibilitada por el accionar de esta elite oligárquica, beneficiaria directa de transacciones que han hundido al país.

Hoy cada vez es más claro que la torta no alcanza, y para agrandarla ya no se puede echar mano al infame recurso de la superexplotación de los asalariados, sino que la única solución es capturar para la Nación la renta agraria sin más dilaciones y expropiar al capital financiero; y ésta es una sola batalla. Pero esta política económica revolucionaria que proponemos no la puede hacer un gobierno como el actual. Por eso la necesidad de la democracia, que es la única que construye gobiernos fuertes porque se asientan en una base social mayoritaria. Por eso democracia no es contradictorio con revolución en la situación argentina actual; por eso la alternativa

revolucionaria no es una empresa descabellada sino, por el contrario, la única posibilidad sensata para evitar el caos del que pretenden aprovecharse los enemigos de una Argentina soberana.

Esta alternativa revolucionaria necesita recorrer un camino democrático; es decir, debe fundarse en la opinión coincidente de las mayorías nacionales, no sólo peronistas. Pero debe empezar por ser unánime en el Peronismo. Más aún, debe implantarse en las Fuerzas Armadas. Y esto, dicho por los genuflexos que durante estos siete años han gastado las alfombras de todos los despachos oficiales o por los convidados a los asados en la quinta de Olivos o en Campo de Mayo, puede tener un sentido equívoco; dicho por quienes no han hecho otra cosa que luchar consecuente e implacablemente por sus ideales peronistas revolucionarios no tiene ningún acento golpista, ni oculta ninguna futura conciliación en base a claudicaciones. Pretende sencillamente señalar un hecho objetivo, una necesidad del campo popular. Este objetivo no se logrará renunciando a los reclamos que hoy hasta la Iglesia hace suyos, como el de los desaparecidos. Ni olvidando la gruesa responsabilidad de los mandos en el horror desencadenado sobre el pueblo argentino bajo la forma de una masacre destinada a implantar un plan económico al servicio de una minoría.

Tampoco predicando el amor a las instituciones abstractas o esperando la llegada de algún coronel retirado lleno de ternura por la clase obrera peronista; sino diciendo las verdades aunque

duelan, planteando los problemas de frente, movilizándolo en torno a las reivindicaciones justas, canalizando positivamente la energía popular, orientando la lucha hacia el verdadero enemigo que es la oligarquía, presentando desde el Justicialismo un proyecto de poder para todos los argentinos, demostrando que no nos levantamos contra el orden sino contra un desorden generalizado que —de no ser enfrentado— será el preanuncio de la disolución nacional; en síntesis, luchando políticamente por la Revolución Peronista.

A lo que el Peronismo no puede renunciar es a comprender en su política a las Fuerzas Armadas. Si no, éste es solamente el campo de acción de los sectores más reaccionarios de las clases dominantes. Pero una política del signo que planteamos no pueden hacerla los aduladores o los alcahuetes de los organismos de represión. La pueden hacer los que representan algo en el pueblo peronista, los que tienen alguna propuesta de transformación ante el desastre general. Hay precandidatos que, más allá de las críticas que podamos formular al producto teórico de sus colaboradores, son portadores naturales —por su historia y su conducta— de la esperanza peronista. Los insomnes de la interna militar, que viven más obsesionados con los pases y ascensos de septiembre que los propios interesados, deberían preocuparse por esto, en vez de agotarse en conspiraciones de arduo trámite y dudoso final.

En lugar de hacer pie en el peculiar carácter de la inserción del Ejército en el desarrollo eco-

nómico argentino, por el papel del Estado en la economía del país, que es lo que lo llevó finalmente al choque con Martínez de Hoz, proponen "profesionalizarlo", aislándolo de la población.

Hemos dicho, y lo reiteramos, que el país no se divide en civiles y militares; eso es una argucia de los oligarcas para aislar a las Fuerzas Armadas en los cuarteles, a los que, por razones del imbricado social, sólo llegan ellos, para soplarles al oído la necesidad de terminar con el "caos" que supondría la convivencia en democracia.

Proponer la "profesionalización" de las Fuerzas Armadas es querer hacer una "guardia nacional", segura defensora de los intereses oligárquicos, no "contaminada" con la realidad del país.

A esta altura no caben ingenuidades; cuando la oligarquía hace política hacia las Fuerzas Armadas es para "salvar a la Patria"; cuando intenta hacerlo el campo popular, resulta que aparecen los que descubren el "profesionalismo".

Una cosa es la desmilitarización de la sociedad, con la que coincidimos, y otra es el aislamiento de las Fuerzas Armadas, contra el que siempre previno el General Perón.

El golpe militar del 24 de marzo de 1976, proclamado a viva voz por la oligarquía como el instrumento de salvación nacional, no ha sido sino el instrumento para posibilitar a la misma la expansión de su control sobre el aparato productivo, multiplicando los canales por los cuales aumenta su enriquecimiento, arrojando el resto de la sociedad al subconsumo. Sin una base social

amplia —sin votos suficientes para siquiera soñar con el triunfo en una pugna electoral— la oligarquía sólo puede asaltar el poder por la violencia. Y este es el verdadero problema de la democracia en el país, que no se funda solamente en la colonización ideológica de las Fuerzas Armadas, cuyo exponente más visible es la doctrina de la Seguridad Nacional, hecha trizas durante la Guerra de las Malvinas.

Esto es lo que no dicen los cómplices históricos de todos los golpes contra el peronismo y de todas las maniobras para proscribirlo y que hoy son los campeones del antimilitarismo, remontrando su crítica a la intervención de las Fuerzas Armadas a 1930, lo que nos parecería bien si no fuera porque lo hacen para confundir el 4 de junio de 1943 con el 24 de marzo de 1976; y se olvidan de que fueron coautores del 16 de septiembre de 1955, así de paso siguen haciendo antiperonismo, ya que no ignoran que el uniforme que vestía Perón no era de cartero.

Hoy las clases dominantes temen las elecciones porque saben que en ellas, cuando se expresen las ansias de transformación del pueblo, no sólo se pedirá rendición de cuentas por los 90.000 millones de dólares que se han llevado del país, sino que también se exigirá una severa revisión del papel monopólico que las mismas detentan en la estructura económica del país.

Por eso da risa la subversión de la impotencia, que encarnan algunos héroes tardíos, empujando a la dictadura que ya se cae, a los que —por otra parte— sugerimos menos cacareo antimilitar ya

que, de acuerdo a la experiencia, si las cosas se ponen difíciles, seremos nosotros los peronistas quienes corremos los riesgos, mientras que Ud., Dr. Alfonsín, irá a almorzar con el Ministro del Interior de turno.

MOVIMIENTO OBRERO

Si alguna experiencia positiva dejan estos años de lucha contra la dictadura, es la prueba definitiva e irrefutable de la formidable capacidad de resistencia de la clase trabajadora argentina.

A pesar de haber sido golpeado duramente por la dictadura, el movimiento obrero peronista, más allá de su debilitamiento por la pérdida de sus estructuras naturales, es el que emerge vencedor después de estos años de confrontación.

El decantamiento natural de la lucha indica quiénes son los que han tenido una conducta consecuente con los intereses de sus representados y quiénes han sido cómplices de la política más antiobrero que recuerde la historia argentina. Estos últimos son los que hoy se aprestan a disfrutar de una superioridad garantizada por las intervenciones; pero esa hegemonía formal durará lo que un soplo, porque la democratización permitirá la expresión irrestricta de las bases. Y esto, más allá de las denuncias que tratan de demostrar lo contrario, hechas por quienes no lo van cobrar un buen pago por todas sus defecio-

nes.

El Movimiento debe respaldar sin vacilaciones a la gloriosa CGT y la juventud debe estrechar filas con los compañeros del Movimiento Obrero en las luchas que se avecinan. Porque éstas deben servir a la estrategia de poder del Movimiento Peronista y no ser instrumentadas por aventureros.

PERONISMO Y JUVENTUD

El Peronismo debe dirigirse a la juventud argentina que creció en medio del desmoronamiento del gobierno popular y en la Argentina aplanada de la dictadura; que sabe de los desaparecidos y de la deuda externa; que a pesar de todo se entusiasmó con el Mundial y creyó en lo de las Malvinas; esa juventud que hoy, harta de frustraciones, como un gigante después de una pesadilla, comienza a despertar y se apresta a ponerse en marcha.

Esa juventud sabe que no puede esperar nada de quienes fueron cómplices de la represión en las canchas y en los conciertos, de quienes la marginaron con el desempleo y los cupos universitarios, de quienes le prohibieron el cine, la lectura y, obviamente, hacer política y que, como corolario, la hicieron masacrar en las Malvinas, en una guerra perdida de antemano, mancillando una causa justa.

La juventud se pondrá de pie, únicamente

con una propuesta revolucionaria que constituya una auténtica rebelión contra la miseria y la mediocridad presente, contra el patriotismo acartonado de las litografías escolares que ofrece la oligarquía; con una convocatoria a la revolución posible que rechace a los irresponsables, a los agentes internacionales, pero también a los mercachifles que están obsesionados con los 5 millones de votos nuevos, porque esa juventud conoce de sobra el "muchachismo" adulón y temeroso de los politicastos "serios", que no ignoran que la avalancha es inexorable y tratan de colocarse en la mejor posición para ver si crecen con la ola.

Esa juventud, que sólo puede ser convocada para una empresa espiritual, amplia y generosa, como es la de construir un país distinto y mejor para todos los argentinos, no va a deponer su rebeldía ni su legítima sed de justicia. Así como no acompañará ninguna aventura sangrienta de burócratas iluminados, tampoco renunciará a sus ideales de transformación y por eso volverá a encontrar en el peronismo el vehículo de la protesta colectiva, la memoria cierta de todas las reivindicaciones postergadas, el marco grandioso para la larga marcha hacia la construcción de un país para las mayorías. Esas mayorías de las que forma parte y que por obra de la oligarquía fueron marginadas, sumergidas, desheredadas; esas mayorías que sin embargo producen con su trabajo cotidiano la riqueza que unos pocos dilapidan.

La Juventud Peronista, que no conoce otra moral que la de la lucha, volverá a encabezar la

movilización generacional, donde el mérito de llevar las banderas no se dirime por el ser joven o viejo, sino por el representar lo nuevo, en medio de la decadencia de los valores hipócritas del mundo oligárquico que se derrumba.

PERONISMO Y REVOLUCION

A aquellos que, con un discurso atrasado que no contempla la dramática experiencia de la última década, hablan de la unidad de las "fuerzas revolucionarias" del peronismo, queremos recordarles que el carácter revolucionario de nuestro movimiento no está dado por la presencia en su seno de tal o cual grupúsculo, en general recién "aggiornado" y con un proyecto transperonista, sino por ser el peronismo la identidad política de la clase trabajadora, las masas asalariadas y los verdaderos productores. Estos sectores, que representan las más amplias mayorías, hicieron suyas las banderas de la Revolución Nacional Peronista desde el 45 y las mantuvieron en alto, más allá de las defecciones y las traiciones, acompañando la acción de los gobiernos justicialistas o luchando en el llano, durante casi 40 años de historia. El Peronismo fue así el instrumento histórico de defensa de los intereses populares, evitando en los momentos de crisis la disolución nacional. Por su carácter de movimiento nacional antioligárquico y antiimperialista, que contiene a la

clase trabajadora, el peronismo resistió todos los ensayos que se hicieron para borrarlo de la escena política. Por eso fracasaron todas las maniobras por líneas interiores que intentaron su disgregación: la "alvearización" que consiste, desde una ortodoxia formal, en vaciarlo de su contenido revolucionario y de masas y dejarlo como una catedral de frases hechas que cantan la gloria de realizaciones pasadas, pero no explican cómo se podría hoy recuperar esas conquistas; o la de los "entrismos" pseudo revolucionarios, que en el fondo piensan que el peronismo es una fatalidad a superar y se proponen "generosamente" como su continuidad histórica.

Solamente con un debate abierto y democrático de propuestas hechas a la luz, sin enmascaramiento y con la participación, movilización y organización del conjunto se podrá enfrentar tanto a los que pretenden "alvearizar" el peronismo y que ya lo llevaron una vez al fracaso (basta recordar el "rodrigazo"), como a los que buscan romperlo, porque —para ocultar su derrota— intentan presentarse como su continuidad histórica, cuando en realidad no son sino un instrumento que ya a esta altura nada tiene que ver con el peronismo; basta ver sus alianzas en el campo internacional y sus soportes en el país para corroborar esta evidencia. Ningún peronista va a creer en quienes se asocian con los que estuvieron en la Unión Democrática en el 46, asaltaron los sindicatos en el 55 y fueron cómplices de la represión videlista, justificándose con que evitaban lo "peor", como si lo "peor" no estuviese

ocurriendo. ¿Cómo pretenden ser revolucionarios y peronistas quienes han culminado su camino de traiciones aliándose con esta suerte de reyes Midas al revés, que todo lo que tocan lo convierten en basura? Estos, que descubren el patriotismo para azuzarnos a una guerra que sabían perdida, para "ayudarnos" a reemplazar nuestra dependencia militar de una superpotencia por la dependencia de otra superpotencia, de la que basta ver cómo trata a sus aliados para saber qué nos depararía el futuro, de ir en esa dirección.

Nadie ignora que el origen de la violencia en la sociedad argentina fue el producto de la voluntad de una minoría oligárquica quien, para defender sus intereses, necesitó evitar que el pueblo se expresase. Pero las derivaciones de esta violencia y las formas de organización política a las que dio origen y su imbricado final con proyectos ajenos a las luchas del pueblo argentino, constituye un problema que el Movimiento Peronista debe enfrentar con firmeza.

Estamos convencidos de que para que no haya violencia, debe haber democracia y esto quiere decir elecciones libres sin proscripciones ni inhabilitaciones; y para que no exista un peronismo subversivo, no debe haber su correlato necesario, que es un peronismo alvearizado.

Pero a esta altura de los acontecimientos, un análisis en términos de "izquierda" y "derecha" resulta francamente anacrónico, porque no permite entender, por ejemplo, por qué la "izquierda" —Saadi— se une con la "derecha" —Romero—

ro— para intentar romper el Partido Justicialista y el Movimiento Peronista. Los ejemplos de este tipo abundan; por eso es oportuno aclarar definitivamente algunas cuestiones: la juventud argentina no ha cambiado de ideales; son los pretendidamente “revolucionarios” quienes los han traicionado. Estos existieron en tanto estuvieron inscriptos en el marco de la estrategia del General Perón. Crecieron mientras aceptaron ser una parte del Movimiento y empezaron a desinflarse cuando pretendieron reemplazarlo. Para concluir, fue su alianza con la Juventud Peronista lo que les dio masividad y no al revés, como pretenden los que sin haber luchado practican la intimidación por la “portación de nombre”.

Por eso hoy, frente al transperonismo rupturista, ratificamos nuestra convicción de que lo revolucionario del peronismo es su carácter de movimiento nacional que contiene a la clase obrera y no un “partido de clase”. En consecuencia, intentar romperlo es trabajar para el aislamiento de las capas populares y contribuir a dejarlas inermes frente a la oligarquía.

En cuanto a los distintos argumentos ideológicos que se esgrimen para justificar esto, queremos ratificar lo que ya hemos dicho en otras oportunidades: respetamos las experiencias de otros pueblos en la búsqueda de su liberación; comprendemos que hay razones geopolíticas que facilitan la presión imperialista y que pueden llevar a algunas revoluciones en países más pequeños a caer en alianzas u órbitas quizás no deseadas. Pero exigimos que se deje al pueblo argenti-

no encontrar su propio camino. Y frente a pactos firmados en el exterior que pretenden hacer de la Argentina una pieza más de una estrategia mundial, advertimos que el pueblo argentino no acepta que nadie le diga en su propio país cómo tiene que hacer su propio proceso de liberación.

Por eso afirmamos orgullosamente: La Revolución Peronista —esa gran obra inconclusa— reconoce en su propio Movimiento —sin aditamento alguno— el ámbito natural desde donde se debe proponer toda política de liberación.

La Revolución Peronista es ante todo una tarea del conjunto del Movimiento, que en su marcha victoriosa no reconocerá otras hegemonías internas que las fundadas en auténticas representatividades construidas en las masas.

La Revolución Peronista —empresa democrática— reclama el bien en el tiempo presente, no lo posterga proponiendo ningún paraíso futuro y no es tributaria de ninguna experiencia ajena a la experiencia histórica del pueblo argentino.

PARTIDO JUSTICIALISTA

Unidad en torno a una política

La unidad que existe hoy en las bases no se traduce aún en una unidad en el accionar de las distintas agrupaciones y dirigentes. Queremos recordar que la victoria de 1973 fue posible por-

que más allá de las diferencias internas que existían —que no eran pocas— había un discurso (programa) y una estrategia (conducción) común frente a la dictadura. La llave maestra de la unidad era el General Perón. Hemos dicho, y lo reiteramos, que hoy que él no está la única unidad posible es en torno a una política, y esto empieza por el programa. Proponemos en consecuencia discutir cuál es esa política y cuál es ese programa.

Por eso es que creemos en la unidad en torno a una política programática, a construir en conjunto mediante la participación y el debate democrático en todas las estructuras del movimiento, y rechazamos los proyectos desconocidos por las bases y que se pretenden imponer mediante cualquier política, así como la discusión de las candidaturas como eje principal de la reorganización.

Si partimos de que es el conjunto del peronismo la herramienta histórica de la transformación revolucionaria, es entonces desde una práctica unitaria y desde una metodología organizativa consecuente que debemos demostrar nuestra defensa efectiva de la unidad. Nuestra voluntad unitaria se expresa en que creemos que el debate y el cotejo de las diferencias —propias a toda fuerza política que se reclame democrática— no se traducirá en parálisis sino en una dinámica vital. Lo que convierte las diferencias en antagonismos irreconciliables que degeneran en disputas estériles es, y ha sido siempre, la intención manifiesta o encubierta de reivindicar hegemo-

nías a priori que culminan en el sectarismo y la violencia.

La democracia y la participación

Hoy que el General no está, todos los peronistas, haciendo nuestras sus palabras de “mi único heredero es el pueblo”, creemos que el congreso partidario debe hacer realidad una voluntad de accionar común. La democracia interna supone respetar la opción de los afiliados y para que este objetivo sea una expresión real de las mayorías del Movimiento hay que evitar el tráfico de fichas; ésta es una responsabilidad que alcanza a todos los militantes del Movimiento por igual, pero que incumbe particularmente a los dirigentes medios del Partido Justicialista. Ser parte de la vida partidaria es aceptar sus reglas de juego, que obligan tanto a la mayoría como a la minoría a acatar las resoluciones del congreso partidario, sabiendo que esto es respetar la decisión de los afiliados. A pesar de los serios condicionamientos que impone la situación irregular que

vive durante el gobierno de facto, hay que intentar que el congreso partidario sea la máxima expresión posible de democracia, sin componendas hegemonistas que respondan a aparatos ajenos al Movimiento, ni actitudes rupturistas que minorías eventuales pudieran plantear.

Si desde hoy se debaten las ideas y los métodos, el Movimiento sin duda avanzará firmemente en dirección de las respuestas que le permiti-

rán la reparación, la reconstrucción y la justicia que el país espera del Peronismo.

Queremos subrayar que éste no es un discurso ingenuo. La claridad es el principio de la firmeza. Prevenimos que el sectarismo sólo contribuirá a restar fuerzas y tendrá consecuencias nefastas porque el Movimiento Peronista no aceptará ser reducido a un partido de sector. La prédica divisionista alejará a las mayorías del Partido Justicialista y se estarán dando pasos seguros, no hacia la democracia, sino hacia la catástrofe, que arrastrará en primer lugar, como es lógico, a los responsables de esa situación.

EL PAÍS DEVASTADO

La realidad económica con que se inicia 1983 marca la crisis más profunda que ha sufrido jamás el país en toda su historia: el resultado absolutamente catastrófico de la política implementada por la dictadura se muestra en toda su dimensión en la total desarticulación de las relaciones de cambio, el avance incontenible de la hiperinflación y la virtual paralización de la actividad manufacturera nacional.

La moneda ha perdido prácticamente su papel de unidad de cuenta, arrastrando así al sistema de precios relativos a un desorden que impide toda posibilidad de transar en el mercado sobre bases ciertas y estables. La hiperinflación exacer-

bada por la presión de la deuda externa —más de 40.000 millones de dólares— amenaza alcanzar proporciones nunca antes verificadas, abriendo así un horizonte de negra incertidumbre, ante el riesgo de superar tasas equivalentes a más del 1000 por ciento anual. La industria nacional, sumida en un estado de extrema vulnerabilidad como consecuencia de la injustificada desprotección a que ha sido sometida y desprovista de todo estímulo de demanda interna, ha caído vertiginosamente, retrocediendo a niveles de producción verificados hace ya más de dos décadas.

El virtual colapso que hoy domina la escena económica nacional, con niveles inhumanos de salarios y tasas de desocupación escandalosas, se articula con un formidable endeudamiento externo privado al cual no puede hacerse frente en las actuales circunstancias.

El nivel del salario real no alcanza ni por asomo a cubrir las necesidades básicas del trabajador, sumergiéndolo así en una realidad de miseria que el país había olvidado hace ya mucho tiempo. Se han perdido más de 6 millones de puestos de trabajo desde 1975, ante la emigración forzada, la ruina de la industria y la caída vertiginosa de la inversión a lo largo de todo el sistema productivo.

Como ya hemos dicho, la desinversión y el consumo suntuario de la oligarquía han llevado el país a la ruina. El intento elitista de restablecer anacrónicos privilegios y desigualdades se ha concretado al precio de una debacle total.

LA ESTRATEGIA ECONOMICA DE LA DICTADURA FRENTE A LA COYUNTURA

El viraje formal

La política original de la dictadura en materia económica ha sido totalmente abandonada, luego de haber llevado al país a la hecatombe. El lenguaje, el mensaje, en definitiva todo el ropaje neoliberal que adornó la política económica de los últimos siete años ha sido tirado por la borda sin ningún miramiento, al alcanzar hoy la crisis niveles insostenibles.

Reiteramos que prácticamente todos los indicadores usuales para medir el estado de una economía reflejan la calamidad: vertiginosa inflación, alta presión tributaria, marcado estancamiento productivo, elevado índice del déficit fiscal en relación con el producto bruto, desproporcionada emisión monetaria, situación extremadamente deficitaria del balance de pagos, paralización de la inversión, caída vertical del consumo interno. Todos y cada uno de estos coeficientes y relaciones señalan la gravedad de la crisis actual.

Lo que ha sucedido no ha sido algo inesperado sino una conclusión lógica de un modelo imposible. Hay un rotundo fracaso del intento de

dominar la Nación, de someterla al control irrestricto de una elite oligárquica; sin embargo, ha habido simultáneamente un increíble avance de esta elite en el control de los negocios del país: no todos han perdido en la debacle, unos pocos han lucrado sin medida sacrificando los destinos del conjunto. Hubo un doble juego, se embarcó al país en una aventura descabellada con el cuento del liberalismo, mientras por detrás de la cortina ideológica se ensayaba —y esto sí, con éxito— el vaciamiento económico más formidable de que se tenga memoria.

Ahora, ante el desastre, la conducción económica actual procura desesperadamente echar mano a conceptos y métodos que son ajenos a su pensamiento, y a los cuales se agredió y ridiculizó durante años, responsabilizándolos de la marcha errática de la economía nacional.

Luego de sacralizar a Milton Friedman, a Von Hayek y al séquito interminable del rito neoliberal durante siete años, hoy desde el poder parece descubrirse su supina estupidez: corrido el velo ideológico, frente a las ruinas, el mecanismo simplista del monetarismo queda expuesto en toda su dimensión.

Los magos del liberalismo intentan hoy utilizar medidas que no son capaces de encuadrar en un marco coherente, buscando vaciar de contenido a esquemas teóricos que pueden servir —bien administrados en el marco de un proyecto global de signo opuesto— para reflotar la economía nacional. Cuando ya se hunden, intentan superficialmente cambiar el rumbo, emparchan-

do una situación que no da más, con medidas cosméticas de supuesto corte "populista". Pareciera como si de repente todo aquello que fue descartado como vicio se convirtiera en virtud; pero se les nota de lejos a quienes intentan esta pirueta, que ignoran cómo se instrumentan medidas de verdadero corte popular. Porque el discurso político no les es propio, porque no son interlocutores válidos para nadie, porque verdaderamente no saben cómo restaurar un mercado interno dinámico, de qué forma redistribuir el ingreso, bajo qué mecanismos reactivar la producción industrial. No pueden hacer otra cosa que equivocarse y trampear, porque siguen siendo lo que siempre fueron: personeros del imperialismo y de la oligarquía.

Se habla hoy, desde cierta prensa económica todavía adicta al régimen, de que se está empezando a aplicar una política que obedece a una "óptica real y populista": nada más lejos de la verdad. Nuevamente hay más de una intención en lo que se está haciendo: a un nivel se está buscando que la caída final arrastre al populismo como ideología; para eso se tiñe todo de un falso realismo, como para que no quede intacta una opción que —reiteramos— inteligentemente utilizada puede servir de base a la política del próximo gobierno popular.

Esta maniobra no es más que un último intento de involucrar en el fracaso de la elite a sectores sociales y formas de pensamiento que nada han tenido que ver con esta trágica aventura de siete años. Se quiere extender a la sociedad

toda una responsabilidad que sólo atañe a unos pocos que se han beneficiado de la rapiña en este proceso. La responsabilidad intelectual, política y moral, deben asumirla enteramente aquellos que se han aferrado con fines inconfesables a la estrecha lógica monetarista, que ha demostrado en todo el mundo que sólo alcanza para reproducir el desempleo masivo.

La Multipartidaria, la CGT y el "Plan de Emergencia"

La coronación de esta pirueta es "ofrecer" la conducción económica a la Multipartidaria e "invitar" a la CGT a un acuerdo de precios y salarios. Los políticos y los sindicalistas, a quienes o bien se reprimió o bien se intentó someter a vejatorias componendas, son llamados a acompañar a la cúpula militar y a la elite oligárquica en el camino que inexorablemente conduce al abismo.

El autoritarismo mesiánico con que se inició el "proceso", pisoteando la dignidad de las mayorías, se ha desmoronado. Pero no hay actitud generosa en el gesto que hoy se intenta, sino una perversa obsecación: "ya que fracasamos, hagámoslo todos"; esto es lo que se quiere.

Se busca con esto culpar a la oposición de lo que es a todas luces un colapso irreversible. Cuando ya no hay salida, cuando hay que pagar en los próximos doce meses más de 18.000 millones de dólares a la banca internacional, cuan-

do la inflación es incontrolable y remonta ya hacia tasas de más del 500 por ciento anual y su proyección es impredecible, cuando las reservas internacionales están acabadas, cuando los salarios son de hambre, cuando la desocupación supera los 2 millones, cuando la producción sigue cayendo verticalmente, cuando el déficit fiscal este año será monumental, sobrepasando el 15 por ciento del Producto Bruto Interno, cuando las tarifas suben más del 1 por ciento por día; ahora es que la soberbia del gobierno y la arrogancia de la elite aparentan —engañosamente— desdibujarse.

¿Dónde están los “técnicos” que con desparpajo desplegaban tablas y fórmulas que supuestamente conducían a una economía sana?

Ante esta situación, la irresponsabilidad final de la conducción económica, que con una mano se ata desde una perspectiva liberal al FMI, y con la otra hace pases mágicos de pseudo populismo frente a la oposición, no hace sino ensanchar aún más el tremendo vacío de poder que se fue abriendo con el rotundo fracaso de Martínez de Hoz.

Así es que las legítimas aspiraciones salariales de la CGT son presentadas por la conducción económica como presiones “desmesuradas” ante la magnitud de la crisis que conducen a la “destabilización”, y la negativa de la Multipartidaria es interpretada por la dictadura como una “deslealtad” de quienes serían aceptados solamente en el papel de oposición dócil.

La verdad detrás de las apariencias.

Continuidad

en la lucha por el control del poder económico

Mientras tanto, y esto es lo que el Peronismo debe denunciar, continúa la formidable concentración de la riqueza: las disposiciones del Banco Central en materia de fusión bancaria no hacen sino demostrar que desde la conducción de esta institución se sigue —sin pausa— orquestando una política que favorece y estimula el avance de un puñado de bancos en manos de la elite oligárquica.

Estos bancos en manos de la elite se han convertido en “ganzúa” del control económico; paquetes accionarios enteros cambian de manos, engrosando las arcas de la oligarquía, sobre la quiebra sucesiva de quienes son virtualmente extorsionados por la indexación de las tasas de interés. Esta institucionalización de la usura es el resultado de la aplicación de principios económicos que se basan en la ley del más fuerte.

Mientras el país entero se pregunta y debate por qué caminos se puede salir de la crisis, la elite —verdadero puñado de delincuentes— continúa a toda marcha la rapiña, en la impunidad que les otorga el desorden generalizado.

No hay que engañarse: en medio del caos hay quienes siguen —aún hoy— lucrando desorbitadamente. Los “swaps”, los reajustes continuos

de las tasas de interés, las especulaciones con el oro, las devaluaciones continuas, los cambiantes mecanismos de regulación financiera, siguen obediendo HOY a una lógica de apropiación afiebrada que no repara en el daño que se inflige al aparato productivo del país y en medio de la confusión general avanza planificadamente hacia una mayor consolidación del poder de la elite.

La corrupción NO ha quedado atrás. Este ambiente de total incertidumbre sigue siendo utilizado. Los negociados no son una cosa del pasado; no se acabaron con la ida de Martínez de Hoz y de Aleman. Aún hoy, quienes ocupan los despachos oficiales siguen pensando al país como de su propiedad privada y utilizan todos los resortes a su alcance para aumentar su enriquecimiento personal.

Ni Wehbe ni González del Solar pueden asumir como quienes están intentando controlar la crisis; en verdad, quienes están conduciendo la economía —aún usando otro lenguaje— siguen aprovechándose de sus privilegios.

LA AGUDIZACION DE LA CRISIS Y SUS CAUSAS PROFUNDAS

Por todo lo dicho, la crisis se agudiza y alcanza proporciones hasta ayer insospechadas. Es lógico entonces que la inflación no se detenga, sino que por el contrario se multiplique, que la

producción siga cayendo y que el caos financiero no tenga límite alguno.

Pareciera ser que debimos llegar a la Nación en ruinas para “comprobar” que el imperialismo existe, para “darnos cuenta” de que la oligarquía no nos conduce a la grandeza, sino a la hecatombe; en síntesis, para “saber” que no tiene alternativa alguna que ofrecernos para garantizar desarrollo y estabilidad.

Que hoy la UIA, la Sociedad Rural y hasta la alta jerarquía de la Iglesia denuncien a los cuatro vientos la catástrofe, es una señal inequívoca de que las clases dominantes en la Argentina se han quedado sin proyecto, han fracasado en toda la línea, sin la posibilidad de ejercer aún con mínima legitimidad el control social. Pero éste no es el fin de la Nación, ni mucho menos; no hay que permitir que nos confundan: es el fin de un modelo de dominación que se desmorona sin remedio. Es el fin de la dominación por parte de aquéllos que no tienen ninguna posibilidad de hacer coincidir sus intereses con los del conjunto, de aquéllos que están incapacitados de tejer alianzas internacionales que garanticen la independencia económica que el país requiere para materializar su expansión.

ORDEN Y DESORDEN ECONOMICO

En definitiva, frente al cuadro descripto más

arriba, se hace necesario establecer un nuevo sistema económico que defina los parámetros del orden; esto quiere decir, que se establezcan condiciones para que no puedan ejercerse presiones desestabilizadoras por parte de quienes hoy detentan más poder económico.

Las "fuerzas del mercado" no pueden ser tomadas como elemento ordenador del sistema económico, porque detrás del macaneo liberal la realidad es que nos encontramos frente a un mundo que presenta relaciones económicas reguladas. Podemos poner el ejemplo del precio internacional de los cereales, que se encuentra regulado en última instancia por los Estados Unidos: reclamar, por parte de los sectores más concentrados del agro, la plena vigencia de este precio, no significa "dejar operar libremente las fuerzas del mercado", sino exigir los beneficios de una determinada regulación. Sobran los ejemplos: los controles que se ejercen sobre las importaciones de carne del Mercado Común Europeo, o los acuerdos de precios de la OPEP, o los acuerdos monetarios internacionales, o la combinación de esfuerzos para mantener tasas de cambio estables entre países industrializados; la lista es interminable. El mundo económico moderno es el producto de la negociación, de la concertación internacional, donde cada vez más los países del Tercer Mundo pujan por marcos de concordancia más justos.

En el contexto de una economía mundial, fuertemente regulada y administrada, apelar a un crudo liberalismo no es sino una mera farsa

ideológica; es ocultar los verdaderos mecanismos que operan sobre las transacciones económicas, y la única consecuencia de esto es sucumbir frente a presiones de todo tipo.

El interés nacional debe operar como elemento central para definir el carácter del orden económico que debe establecerse. En este sentido, la reconstrucción del poder de compra salarial, que permita la existencia de un mercado interno fuerte, no aparece como un objetivo exclusivamente de justicia redistributiva, sino que es también una verdadera necesidad para poder reconstruir la Nación en términos económicos, como una verdadera base económica para la efectivización de la democracia. Por otra parte, sólo la participación popular puede detener la inflación, respaldando los términos de una concertación de precios.

No alcanza con decir "hay que poner orden"; se hace perentorio establecer claramente las premisas básicas sobre las cuales este orden debe asentarse: no habrá posibilidad de estabilizar si no se satisfacen las expectativas y aspiraciones de las mayorías, no habrá posibilidades de crecer si no se distribuye con equidad.

DOS GRANDES CONCLUSIONES

Es así que puede decirse que no habrá crecimiento de la producción ni estabilidad de los

Precios en el país si no se reconocen dos premisas fundamentales:

- 1) La oligarquía carece de capacidad política para liderar el proceso de desarrollo argentino.

Siete años de poder total han demostrado claramente qué tipo de país es capaz de proponer la oligarquía. Es una Argentina donde sólo unos pocos disfrutan de todo, donde "sobran" 15 millones de habitantes. Se ha demostrado la incapacidad de la oligarquía para ejercer legítimamente el liderazgo político de la sociedad, cosa que se comprueba una y otra vez cuando la población se expresa en las urnas: se niega —con sus votos— a legitimar una dominación que somete al conjunto a la miseria.

- 2) La Argentina necesita de una posición independiente en el mercado mundial.

Tomando como ejemplo la exportación de cereales, puede afirmarse que se hace necesario plantear alternativas de política internacional independientes. Una alianza económica bajo la órbita de los Estados Unidos nos lleva a someter nuestra política de excedentes exportables a las reglas de juego establecidas por las necesidades políticas del agro norteamericano. Una alianza bajo la órbita soviética nos condenaría a ser productores de alimentos

baratos que comprarían países que se han demostrado incapaces de generar políticas agrícolas exitosas.

Toda política económica que se proponga para el desarrollo argentino debe imprescindiblemente contemplar estas dos verdades: La oligarquía debe resignar definitivamente sus privilegios y las superpotencias deben saber que nuestra política exterior defenderá intereses nacionales sin alineamientos que perjudiquen el avance de la justicia social.

POR UN PROGRAMA ECONOMICO REVOLUCIONARIO Y POSIBLE PARA EL GOBIERNO JUSTICIALISTA

Prioridad
a la reconstrucción del salario real
y las fuentes de trabajo

La primera e ineludible prioridad a la que deberá hacer frente nuestro gobierno es la reconstrucción inmediata del salario real y la rápida reconstitución de las fuentes de trabajo. De ninguna manera podrá decirse que tal política implicará una realimentación de presiones inflacionarias, puesto que:

- a) por el lado de los costos, los salarios no re-

presentan hoy sino un promedio del 10 al 12 por ciento de los costos industriales —cuando en situación de normalidad representan entre 18 y 22 por ciento. No habrá por lo tanto presión sobre los costos; quiere decir que una mejora salarial que implique la duplicación del poder de compra de los trabajadores sólo llevaría el costo laboral a un nivel considerado como normal;

b) por el lado de la demanda, una recuperación del poder de compra obrero no haría sino reactivar la producción, aprovechando amplios márgenes de capacidad ociosa en la industria sin presionar la oferta más allá de sus posibilidades; y finalmente;

c) desde una perspectiva estructuralista, el ejercicio real de la democracia participativa asegurará que ningún sector económico esté en condiciones de aplicar medidas saboteadoras de aumento indiscriminado de precios, práctica corrupta que el control popular evitará.

La simultánea concertación de precios que deberá instrumentarse contemplará como premisa básica su adaptación al mantenimiento del poder de compra de los trabajadores, ya mejorado por el reajuste inicial. El costo del trabajo será el elemento ordenador de los precios relativos, los que deberán encontrar su nuevo nivel garantizando una distribución del ingreso —en todas

sus expresiones: personal, funcional, sectorial y regional— compatible con los objetivos del programa en materia de asignación de recursos. Sólo en un marco que contemple la satisfacción de las postergadas reivindicaciones de los trabajadores podrá generarse la apertura de una etapa que posibilite el crecimiento de la producción y la estabilidad de precios. La concertación, como mecanismo de excepción, se implementará con la participación de trabajadores y empresarios. Este sistema se mantendrá hasta tanto se obtenga un nivel salarial que satisfaga las reivindicaciones del trabajador. A partir de allí deberá restablecerse la plena vigencia del régimen legal de convenciones colectivas de trabajo.

La mejora sustancial del salario real deberá acompañarse de la reconstrucción de las fuentes de beneficios sociales, contribuyendo así al alcance de niveles de consumo que aseguren al trabajador el desarrollo de una vida digna. Los programas de educación, salud y vivienda deberán apuntalar el proceso de reparación social, asegurando el acceso irrestricto de toda la población a servicios idóneos.

Desarticulación de los mecanismos de dominación de la elite

El verdadero realismo pasa hoy por reconocer que sin una política que remueva privilegios injustificables, la oligarquía siempre tendrá la posibilidad de ejercer el "derecho de veto", in-

validando toda reforma social que intente devolver a los trabajadores y a los verdaderos productores su justa participación en la riqueza nacional.

Es imposible concebir un cambio de rumbo en la conducción económica que garantice un mínimo avance si no se remueven del aparato productivo factores monopolísticos de magnitud. Para que el excedente económico pueda ser efectivamente compartido, deben desmantelarse grupos económicos que han sido consolidados por la política de los últimos siete años, porque tanto la generación de riquezas como su circulación obedecen hoy a una lógica miserable que excluye del usufructo de la riqueza a vastos sectores de la población.

El grado intolerable a que ha llegado el control del sistema económico por minorías privilegiadas, exige la inmediata intervención del Estado para desarticular los mecanismos de transformación de ingresos y riqueza perfeccionados por la elite en estos últimos siete años.

La legislación antimonopólica deberá hacerse efectiva en todas las etapas del circuito económico y abarcar a todos los sectores de actividad económica: agropecuario, industrial y financiero. Proponemos en este sentido que el Congreso de la Nación apruebe una ley de expropiación de las grandes propiedades improductivas, acompañada por la aplicación de un impuesto adecuado a la renta normal potencial de la tierra a las demás explotaciones.

Los 60.000 propietarios rurales —12 por cien-

to del total del empresariado agropecuario del país— que por la extensión de su propiedad, habida cuenta de las condiciones naturales, alcanzan privilegios desmedidos, deberán dar cuenta de su forma de explotación de la tierra. En especial, los titulares de explotaciones que en número de 20.000 ocupan 75 millones de hectáreas en la pampa húmeda, en predios que superan ampliamente la unidad de explotación familiar. De este total de la pampa húmeda, 2.000 propietarios ocupando más de 10 millones de hectáreas, deberán sin duda someter su propiedad a una participación adecuada, que el Estado verá —partiendo adecuadamente— a genuinos productores que harán posible su más eficiente explotación. Hay que subrayar que este último grupo en realidad no supera las 400 familias, las que haciendo un uso abusivo de sus privilegios arrastran al conjunto de la actividad agraria a posiciones que entorpecen y obstaculizan el desarrollo nacional.

Existe en el país información detallada suficiente como para emprender esta tarea sin cometer injusticia alguna; el Estado podrá atender todo reclamo contando con los datos suficientes como para sostener su justa posición.

El desmantelamiento del control oligárquico del sector agrario será acompañado por el ejercicio de un impuesto a la renta potencial de la tierra y por formas de organización que alienten a los productores al mejor uso de sus recursos. Los precios justos y estables, la asistencia tecnológica del Estado y el financiamiento adecua-

do de la actividad completarán un paquete de medidas tendientes a multiplicar la producción agraria.

Ni las expropiaciones de las grandes propiedades agropecuarias, ni un impuesto racional a la renta agraria potencial pueden llevar a pensar que el gobierno popular adoptará una postura anti-agrarista. Por el contrario, será preocupación central del mismo, asegurar a la vasta franja de verdaderos productores medianos y pequeños una remuneración justa a sus esfuerzos productivos, diseñando una política agropecuaria que aliente la inversión induciendo el aumento de la productividad a partir de un conjunto de medidas de orden crediticio y fiscal.

La mezquina prédica de la oligarquía no debe confundir al genuino productor que el país necesita; sería injustificable levantar falsas antinomias —agro versus industria— para sustentar críticas a la política que proponemos. Una estrategia económica que contemple de manera correcta la verdadera situación de los mercados internacionales, podrá instrumentar políticas sectoriales que concierten los intereses de los distintos ámbitos productivos sin llegar a desatar ningún conflicto que amenace el cumplimiento de sus objetivos.

Reactivación de la industria nacional. Diseño de un perfil industrial.

El excedente económico que generará una ra-

cional administración de las tierras ocupadas hoy por el latifundio —con el consecuente aumento de productividad—sumado a la inyección de demanda generada por la mejora del salario real, deberá ser volcado al circuito económico bajo la forma de inversión, asegurando la renovación tecnológica del agro y la reindustrialización acelerada del país.

La impostergable reactivación de la industria nacional exigirá el establecimiento de prioridades adecuadas apuntando a satisfacer eficientemente el consumo masivo y a generar nuevas bases sólidas de desarrollo tecnológico propio en el sector productor de bienes de capital, dándole tiempo así para que alcance en el mediano plazo su autonomía.

El diseño de un perfil industrial deberá ofrecer considerables fuentes de trabajo, volcándose hacia las manufacturas que cuenten con una demanda cierta, apoyando de esta forma el proceso de redistribución de los ingresos hacia los asalariados.

El establecimiento de un racional sistema de protección aduanera efectiva y el impulso a la reindustrialización nacional tendrá al Estado como nervio motor y único supervisor. Ello implica iniciar una profunda revisión de las estructuras estatales vigentes, llevándolas a una transformación que asegure su funcionamiento en el marco de una eficiencia al servicio de los objetivos fijados por el programa económico, al tiempo que deberán generarse formas de participación y consulta para que los sectores trabaja-

dores y empresariales hagan también realidad en el campo de la economía la democracia que deberá regular las relaciones sociales en el gobierno popular.

La estrategia de reindustrialización deberá articularse con el uso racional de nuestras fuentes de energía, en especial el petróleo, tendiendo a ubicar su precio en los niveles internacionales, permitiendo una reducción del consumo innecesario y promoviendo nuevas perforaciones bajo control de YPF, posibilitando así el desarrollo de crecientes saldos exportables.

Reforma financiera

A fin de dar coherencia y factibilidad al conjunto de medidas enunciadas, tanto para el agro como para la industria, deberán tomarse un conjunto de medidas en el ámbito financiero y de cambios exteriores.

Sin un orden monetario nuevo que devuelva a la banca su papel de servicio público, no hay estabilidad de precios posible. La remoción de toda expectativa especulativa, se hace ineludible; mientras sigan existiendo sectores que se aprovechan del desorden para especular no podrán sentarse las bases de una política monetaria sana.

La reforma integral del sistema financiero es una necesidad imperiosa ante la magnitud del descalabro en que se encuentra sumida la actividad bancaria. En primer lugar deberá emprenderse una auditoría integral del sistema a fin de es-

tablecer su real estado de cuentas. La posterior expropiación del capital financiero —bancos y compañías financieras— que se propondrá al Congreso de la Nación tenderá a lograr un funcionamiento del mercado de capitales acorde con los intereses nacionales a fin de que la banca recupere su carácter de servicio público y su papel como elemento promotor de la actividad económica.

El sector financiero debe ser expropiado en su totalidad, a diferencia de lo propuesto en 1973, cuando fueron nacionalizados los depósitos y los bancos privados continuaron como agentes tomadores de depósitos y otorgadores de crédito a comisión por cuenta del Banco Central. Esta medida se hace necesaria ante el comportamiento mostrado por el sector financiero durante los últimos siete años, cuando actuando en flagrante connivencia con la banca internacional, distorsionaron la plaza y la llevaron a una situación insostenible como la de hoy, arrastrando al conjunto de la economía a la debacle. Esta medida debe ser asumida como de carácter extraordinario y de duración indefinida, hasta que el Estado considere que la economía nacional se encuentra en una situación tal que pueda dictarse un conjunto de normas a fin de que el sector financiero vuelva a contar con participación privada. Las entidades financieras del exterior podrán contar con representaciones, pero no operar en el mercado financiero interno. Las fuentes de trabajo serán mantenidas y las compensaciones por expropiación serán efectivizadas de acuerdo a los

valores contables en los plazos establecidos por ley, en bonos del Estado emitidos a tal efecto que cotizarán en la Bolsa de Valores.

Durante el período de emergencia financiera —mientras dure el monopolio estatal de la plaza financiera— el Banco Central dictará normas precisas atendiendo que la toma de depósitos y el desarrollo de la cartera de créditos se efectivicen permitiendo una normal evolución de la actividad económica del país.

La nacionalización del comercio exterior deberá emprenderse dando el Estado participación dentro del nuevo sistema a los sectores productivos con intereses directos en los negocios de importación y exportación.

El sistema de control de cambios deberá contar con instrumentos flexibles, tendiendo a minimizar la intervención estatal. Al poder el Estado establecer normas en el mercado financiero, en la formación de precios y en el manejo de sus cuentas, el control de cambios tenderá a garantizar la permanencia de los capitales en el país primordialmente; hecho que por demás se procura garantizar con el conjunto de la estrategia económica, al generar la ampliación de la demanda interna asegurando una rentabilidad razonable en los negocios.

La política industrial, como afirmamos más arriba, será de promoción selectiva. En función de una real evaluación de las necesidades del desarrollo y de las condiciones del mercado interno, el gobierno fijará el perfil industrial con la participación plena en la elaboración de los planes del

empresariado argentino, garantizando la armonización de la expansión con la necesidad imperiosa de salarios justos, porque una equitativa distribución del esfuerzo es el pilar de todo el modelo.

La deuda externa

Sin una revisión **total** de los compromisos financieros con la banca internacional es imposible pensar un esquema que aunque sea mínimamente asegure la reactivación. No se trata de negociaciones oscuras con el FMI, sino de actitudes firmes frente a la banca privada internacional. El excedente económico no puede ser agotado en pagos por una deuda que no ha sido utilizada sino en beneficio de unos pocos. Este cambio de actitud sólo es posible si se enfrenta con coherencia el **conjunto** del programa económico.

La reestructuración de la deuda externa —esa carga que deja como onerosa herencia el canallesco comportamiento social de la oligarquía— deberá afrontarse con tino pero a la vez con firmeza, haciendo saber a los acreedores que no se aceptarán condiciones que comprometan la marcha del programa de gobierno.

Un Estado fuerte —lo que no quiere decir autoritario— con respaldo democrático y apoyo popular que plantee una propuesta de pago de la deuda compatible con el logro de sus metas en materia de crecimiento y distribución de ingresos, tendrá el margen de maniobra suficiente co-

mo para sentarse a una mesa de negociación con la banca internacional, con sus objetivos en la mano, acordando condiciones de pago que se encuadren en las posibilidades ciertas del país.

Esta actitud sensata deberá acompañarse con un detallado relevamiento que establezcan las reales condiciones en las cuales se contrajeron los compromisos financieros, procediendo el Poder Judicial a aplicar las sanciones que merezca toda irregularidad cometida en esta materia.

EN SINTESIS, los lineamientos que se proponen más arriba pueden resumirse apretadamente, de la siguiente manera:

- * Presentación de una estrategia económica capaz de generar el crecimiento sostenido de la producción, asegurando una mejor distribución del ingreso y de la riqueza, generando nuevas bases para el funcionamiento de la economía nacional, que permitan en el largo plazo el mantenimiento de la expansión y el avance de la redistribución haciendo posible la realización de una sociedad dinámica y justa.

- * Definición de las formas efectivas que debe tomar la real participación del pueblo en el gobierno como único vehículo para permitir la estabilidad y el avance del gobierno popu-

lar hacia sus objetivos económicos, sociales y políticos, fijando los principios que pueden asegurar la permanencia de la democracia.

- * Establecimiento de criterios básicos que pueden orientar al gobierno popular en su tarea reparadora y transformadora de la sociedad argentina, contribuyendo a hacer efectiva la vigencia de la justicia social, eje fundamental sobre el cual tienen que asentarse la estrategia económica y la organización política de la sociedad.

LAS ELECCIONES Y EL RIESGO CIERTO DE LA PROFUNDIZACION DE LA CRISIS

Hay quienes dicen que hasta el traspaso del poder al gobierno constitucional faltan muchos —demasiados— meses como para confiar en que con una simple administración “sana” de la economía se asegure el tránsito hacia la democracia. Esto es cierto si las cosas continúan como están, porque hay sectores minoritarios de la sociedad que —como ya hemos dicho— siguen jugando al caos. Ellos no son ni la Multipartidaria ni la CGT, como pretende el gobierno, sino quienes siguen desde el poder decidiendo medidas económicas con los ojos puestos en sus bolsillos. ¿Por qué no se enfrenta decididamente la compra y

venta especulativa de oro? ¿Por qué se sigue permitiendo la operación del mercado "paralelo" del dólar sin intentar poner coto a actividades fuera de la ley? ¿Por qué las "mesas de dinero" siguen operando por fuera de regulaciones establecidas por el Banco Central de la República Argentina?

Para esto hay una sola respuesta: el país de la "plata dulce" para los poderosos sigue existiendo. Más allá de los gestos dramáticos y los ceños fruncidos, la maquinaria de la especulación, sus modalidades y canales de operación siguen intactos; no se ha mostrado voluntad alguna de parte de la actual conducción económica para terminar con este cáncer que está carcomiendo los cimientos de la convivencia social.

Así, seguro que no se llega a las elecciones: ¡si eso es precisamente lo que quieren los que mercan con el caos! Están actuando de acuerdo con sus propios intereses económicos inmediatos y sus intereses políticos de dominación permanentes.

El Movimiento Peronista debe reclamar activamente el fin de la especulación, aislar a la oligarquía mostrando cuáles son sus verdaderas prácticas: denunciar que nadie habla desde el poder de la inmoralidad intrínseca que significan los "swaps", que han sido —y siguen siendo tal como hoy se los administra— un verdadero regalo de dinero a quienes han tenido acceso al crédito internacional. González del Solar ha barboteado un vergonzoso discurso cuando se le han pedido explicaciones al res-

pecto. No se denuncia prácticas corruptas que aún hoy siguen dominando el escenario económico. Así, claro que no se llega...

Tiene que haber una movilización popular que reclame el fin de la especulación, que ponga verdadero término a este trágico "carnaval"...

* * *

Diez años después de la victoria de 1973, se vuelve a dar una oportunidad histórica ante el fracaso irremediable de la oligarquía. El país popular, al que el Peronismo representa por derecho propio, emerge con toda su vitalidad. Así, paradójicamente, a pesar del empeño puesto por la dictadura en destruirlo, el Movimiento Peronista se recorta hoy como la única alternativa en un horizonte de derrumbe total.

El campo popular nunca estuvo tan cerca de alcanzar sus objetivos, curiosamente no por su propia situación, porque lógicamente después de siete años de una política de tierra arrasada, su estado no es óptimo, sino por el agotamiento de sus adversarios.

El Movimiento Peronista, delimitando nítidamente su proyecto revolucionario nacional, asumiéndose como garante de una democracia pluralista, autocriticado de la experiencia 1973-76, expurgado de los factores que exaltan el canibalismo político como forma natural para sobrevivir; está en condiciones de hacerse cargo del

país. Hoy el Peronismo se juega su destino y éste depende de la audacia de su propuesta revolucionaria y de la fuerza moral de sus conductores. La bancarrota de este modelo de dominación es ineluctable. La crisis económica, sus consecuencias políticas y sociales se agudizarán dramáticamente antes de las elecciones. Es probable que por la lentitud de la reorganización—consecuencia del congelamiento y la represión— esta situación encuentre al Partido Justicialista no totalmente estructurado como para poder encuadrar y conducir las luchas. Por otra parte, el patético achicamiento del mercado de trabajo, unido a la maniobra divisionista de la dictadura, pueden limitar la capacidad de acción del Movimiento Obrero para contener en su seno y conducir las protestas masivas. Si esta circunstancia se presentase, es entonces que el temple de los dirigentes y la lucidez de su propuesta deberán reemplazar a la orgánica de las estructuras para revitalizarlas con el aliento de las masas y orientarlas firmemente con el proyecto revolucionario.

En síntesis, los dirigentes de todos los niveles del Movimiento deben ser capaces de asumirse como la conducción política organizativa de la Revolución Peronista.

Esta situación excepcional, seguramente inducirá a los aventureros de todo signo a tratar de aprovecharla, con el resultado probable de que si

no estamos a la altura de...
podremos garantizar la más cara aspi...
este momento del pueblo argentino, que es la de
recuperar la democracia a través del voto, la forma más excelsa de ejercicio de la soberanía popular.

Rodolfo Galimberti
Mayo de 1983

RG

**FONDO EDITORIAL
DE LA REVOLUCION PERONIST**

Reg.Nac.de la Prop.: en tramite

